

Paradela 1960

Bordaban el musgo y el negro de la lluvia  
la piedra grisácea de las casas.  
La niebla levantaba y, allí, tras el crucero,  
majestuosos en la esquina, los magnolios,  
con sus flores pájaro blancas,  
de alas festoneadas de limón... .  
Atrás quedaba el viaje. Tablas  
de vagones de tercera y carbonilla  
en la cara. Madrid era la noche  
de despedidas tristes en la Estación del Norte.  
Tenía ocho años cuando llegué por vez primera.  
Pacios, así se nombraba en mi familia a Paradela.  
Lugar cruce de sus sueños de la aldea a otras ciudades,  
donde sus sueños iban a ser el viento, los sonidos  
de las hojas de los robles perdidos en la niebla.  
La compra en la casa de Erundina,  
Abigarrados estantes. Cargada en las alforjas  
de la parda y mansa yegua quieta.  
Y en La Pega, el pulpo los días quince de la feria.  
Cómo me asustaban los tratantes, camisolas negras,  
gritos de cuervo. Campesinos gachas la cabezas,  
triste e inútil regateo: lo que ellos quieran.

E ir al Correo. Anhelar en los torcidos renglones  
de algún sobre, las manos más amadas.  
No, hoy no hay carta. Y otra espera...  
A la vuelta, en el recodo, el olor de los magnolios.  
Ahí siguen. Y los saludo. Y me contestan.  
Olor de los magnolios en la esquina del crucero.  
Aún me acompaña. Soliloquio de niñez y de la ausencia.

Isabel Julián Quiroga

Madrid, 24 de marzo. 2015